

THOMAS DRESCHER / 47 AÑOS, MÚSICO

«A gatas conseguimos burlar la torre de vigilancia»

Rubén Gómez del Barrio - Berlín

«Si fuera un guardia de fronteras y te viera saltar este muro, dispararía». Thomas Drescher se quedó perplejo. Allí, justo delante de esa frontera que dejaba inconclusa la carretera que antes llegaba hasta Glienicke, al norte de Berlín, se dio cuenta de que las palabras que acaba de pronunciar su propio hermano no eran ninguna broma. De camino a casa, en una hermosa noche de verano de 1982 que vio palidecer ante tal amenaza, Thomas recordó la clase del maestro y el decálogo del buen comunista que tuvieron que repetir una y otra vez. Asustado y mirándolo de reojo, pensó que su hermano sí había aprendido bien la lección. Pero Thomas se negó a aceptar esa doctrina. Seis años y medio después, en la noche del 24 de enero de 1989, tomó la decisión de saltar el Muro junto a su amigo Dirk. «Nos fuimos con las bicicletas hasta la calle Linde», relata Thomas. «A gatas conseguimos burlar la torre de vigilancia y, tras recorrer unos cien metros, conseguimos colocar la escalera contra el muro y subir». El sueño de Thomas y Dirk se desvaneció con el sonido del primer ladrido y en el mismo momento que un reflector ahogó de luz sus ansias de libertad. De nada les sirvió correr. En cuestión de segundos, y como aparecidos de la nada, fueron rodeados por tres guardias de fronteras armados con rifles Kalashnikov. Todo estaba perdido, pero cuando Thomas sintió el frío cañón del arma contra su sien, pensó que su suerte podría haber sido aún peor si hubiera sido su hermano quien hubiera puesto el dedo en el gatillo. «En la comisaría y mientras uno de los policías me hizo gritar de dolor al retorcerme el brazo, me pregunté por qué esos hombres nos odiaban tanto».

Con tan sólo 21 años, Thomas Drescher recibió el número de preso 280.368 de la cárcel de Oranienburg. «Los interrogatorios—recuerda—eran casi a diario. A veces

nos daban cigarrillos, otras nos amenazaban. Sólo por asustarme, me decían que Dirk lo había contado todo o que mi madre tendría problemas». Thomas siempre insistió que no había nada más allá de su plan de escape. Pero no le escucharon; ni a él ni a su petición de un abogado. Durante tres meses estuvo recluso en una celda sin ventanas donde su único contacto con el exterior pendía de una mirilla que a veces dejaba entrever un ojo y otras el brillo de una bombilla que sólo se apagaba por la noche. «Lo peor era despertar, el choque de enfrentarse a la realidad desde los sueños con la libertad». El 14 de

marzo de 1989 se celebró su juicio. Fue condenado a 15 meses de trabajos forzados en la fábrica de acero de Riesa, en las cercanías de Dresde. «Las condiciones fueron horribles, nada que ver con la excelencia técnica que anunciaba la prensa de la República Democrática Alemana (RDA)». De hecho, ni él ni el resto de sus compañeros contaban con ningún tipo de protección y las noticias de heridos, o incluso fallecidos por accidente de trabajo, se sucedían casi a diario. El 7 octubre de 1989, la RDA celebró su 40 aniversario. El país, sin embargo, iba directo al desmoronamiento.

«Una semana más tarde recé a Dios por primera vez en mi vida—continúa—. Me disculpé por acudir a Él ahora que mis fuerzas llegaban al límite y que supe que mi madre estaba enferma». Pocos días después consiguió la libertad a través de un rescate por parte del Gobierno occidental no sin antes firmar que «no fuimos maltratados». En Berlín, desde la televi-

sión, vio las imágenes de la caída del Muro. Un día después se mudó a Bremervörde, en las cercanías de Hamburgo, aunque en la actualidad vive de nuevo en la capital. Muchas noches, sus sueños le devuelven a una celda de acero brillante en donde los ojos se cristalizan detrás de un vidrio a pesar de que, al despertar, sepa que de nuevo la carretera en donde estuvo con su hermano continúa otra vez hasta Glienicke.



VIDA NUEVA, NOMBRE NUEVO

En este «DNI» de la República Democrática de Alemania llama la atención el apellido: Fiedler. Y es que Thomas lo cambió por el de su actual mujer: Drescher.



Huir por tierra, mar y aire

Las familias Strelzyk y Wetzel tuvieron por seguro que a través del cielo estaba su única escapatoria. Con esa idea, empeñaron todo lo que tenían y recolectaron durante meses todo tipo de telas que pacientemente, y sin levantar sospechas, cosieron hasta crear un globo. El 17 de septiembre de 1976 consiguieron alzar el vuelo y tras un viaje nocturno de 28 minutos aterrizaron en la Alemania Occidental. Como ellos, muchos ciudadanos del Este de Berlín demostraron

que para huir también fue necesaria una mezcla de coraje y creatividad. Hubo quienes hallaron la inspiración en el agua. En 1968, Kurt Meyer fabricó una especie de ciclomotor acuático con el que se sumergió en el Báltico y consiguió llegar hasta la orilla de la Alemania Occidental. No sólo alcanzó su objetivo, sino que una empresa lo contrató para patentar su creación. También un ingeniero, Bernd Boettger, se valió de un pequeño submarino de fabricación casera

